

no dura. Duran las palabras. Porque las palabras son siempre las mismas y lo que dicen no es nunca lo mismo». Por esto, en esta poesía, las repeticiones son, como apunta Juarroz⁷, «aparentes», la «última exigencia del lenguaje», la desnudez desconcertada del misterio. Este cambio de lugar en la frase de una misma palabra nos ilumina zonas desapercibidas del ánimo, reconcilia conflictos antiquísimos, crea abismo donde no lo hay y nos advierte de él: «No descubras, que puede no haber nada. Y nada no se vuelve a cubrir». Aquí, Porchia retrocede, se encoge ante una profundidad inabarcable porque este poeta argentino vive en el fondo de lo real pero no fuera de lo real. Está aquí aunque parezca que piensa desde allí.

Estamos, pues, ante un hombre desarraigado, desamparado. Pero si el desamparo siempre implica desconcierto, desorientación (la humanidad no sabe ya adónde ir, porque nadie la espera: ni Dios), en Porchia toma matices de conocimiento, que no elude la minusvalía del mundo, asimilando las piezas que parecen sueltas de su engranaje. Este sentido del desamparo le permite a Porchia acercarse al otro. En sus palabras nunca se detecta la desesperación, sino la serenidad de un hombre que sólo puede aceptar, decir lo que ve, lo que siente: «El hombre, cuando no se lamenta, casi no existe». Así, sin la dimensión del dolor, me atrevo a decir que a Porchia no le interesaría lo profundo y viceversa: sin esta necesidad de profundidad, el dolor pasa desapercibido al hombre. Estar en el dolor es una forma de estar en el centro del mundo: «Sí, sufro siempre, pero sólo en algunos momentos, porque sólo en algunos momentos pienso que sufro siempre». El dolor nos hace solidarios y cuando es ya un gesto de la lucidez, un movimiento de la respiración del hombre, pasa a ser diálogo con todo y le permite al hombre igualarse con el resto de la naturaleza. Así, por el sufrimiento, sufrimiento que se decanta en contemplación, Porchia percibe que todo está vivo: «Sí, también me duelen las piedras». Por un lado, el poeta se separa de su sufrimiento, lo va dejando solo hasta llegar a darle vida propia. De esta forma, el dolor está ahí pero no duele o, mejor dicho, acaba conviviendo con el poeta, no aniquilándolo, sino que se incorpora a su vitalidad. Porchia se acostumbra a su presencia pero no lo reconoce: «Hay dolores que han perdido la memoria y no recuerdan por qué son dolores». Por otro lado, el descubrimiento de que todo está vivo le permite borrar las distancias entre él y las cosas. Se comprende con los elementos de la naturaleza y se comunica con ellos: «La piedra que tomo en mis manos absorbe un poco de mi sangre y palpita». Es frecuente en este poeta contagiarse de las cosas y contagiarlas a la vez. Se establece una corriente viva, un temblor compartido. Es aquí donde acaso comience el camino del todo y donde la ingenuidad y la ternura se trascienden.

El todo no concebido sobre una abstracción o una sensación desligada del mundo. Insisto en que no estamos ante un manipulador de ideas, ni ante un malabarista del idioma, alejado de su experiencia más vital, de sus necesidades urgentemente cotidianas. Porchia vive sin disimularse la extrañeza del existir, aplicando el pensamiento de Juarroz⁸: «sentir y pensar no son cosas distintas». Esta visión de la totalidad expresa lo que, con claridad, señala Ponzio⁹, «la búsqueda de algo perdido, de algo que

⁷ Op. cit.

⁸ Roberto Juarroz, *Poesía y creación. Diálogo con Guillermo Boido, Carlos Lohlé Ed., Buenos Aires, 1980.*

⁹ Op. cit.

nos han arrebatado al quedar encerrados en nuestra personalidad». Sin embargo, no estamos tan sólo ante una conciencia que rechaza lo fragmentario y que añora esa intuitiva unidad del comienzo (el temor de separación es todo lo que une), sino ante quien es capaz de ver en lo inmediato un abismo, una densidad, un fondo que no equipara a las cosas, un fondo que hace del vaivén de lo real, una presencia habitable. Por esto, la contemplación sin paliativos, sin distracciones, hace decir a Porchia: «Me es más fácil ver todas las cosas como una cosa sola, que ver una cosa como una cosa sola». Esta visión de la totalidad no nos conduce al místico pero sí al iluminado. Antonio Porchia es un iluminado si nos ajustamos al siguiente pensamiento de Juan Ramón Jiménez¹⁰: «El iluminado: Un pensamiento pasado por el corazón».

A través de la experiencia de la totalidad, de su contemplación activa, el poeta cuestiona su identidad. Este cuestionamiento le permite encontrarse en los otros: «Cuando me parece que escuchas mis palabras, me parecen tuyas mis palabras y escucho mis palabras». Porchia, es una de las formas en que se percibe, es en los demás y en lo demás. Podríamos decir que el yo es un flujo. No somos nuestro yo, sin que la dimensión del yo puede o no estar en nosotros. No se trata sólo de una radicalización de la otredad («Mi yo ha ido alejándose de mí. Hoy es mí más lejano tú»), sino de una maniobra de disolución para romper los límites estrechos de la personalidad. No importa ser esto o aquello, sino ser, que es la condición imprescindible para ensanchar la realidad de manera insospechada, hasta tal punto que la identidad es un relámpago, uno de los muchos focos de la lucidez. Por este desligamiento de sí mismo, Porchia elude lo contingente, lo accidental, esa cara de la superficie que es lo esporádico. De ahí que llegue a decir: «Estoy tan poco en mí, que lo que hacen de mí, casi no me interesa». Si la poesía contemporánea se ha ocupado, con gran variedad y acierto, del problema de la identidad —el hombre contemporáneo es un hombre escindido—, Porchia, asimilando esta misma concepción, ha logrado que esta escisión deje de ser uno de nuestros conflictos capitales para constituir un pasadizo entre el ser y el no ser, lo posible y lo imposible. El pensamiento entra y sale de sí mismo, va y viene hasta que interioridad y exterioridad casi no se diferencian: «Lo que hay fuera de sí es una imitación mal hecha de lo que hay dentro de mí». ¿No está Porchia en este poema invirtiendo la visión platónica, desmontando el mundo de las ideas? Hasta que todo es interioridad: «El viaje: un partir de mí, un infinito de distancias infinitas y un arribar a mí». Interioridad que no es un cerrarse al mundo, sino como estamos viendo, un abismarse en él, abismamiento que no depara la plenitud, sino la experiencia del fondo, que es también, en ocasiones, la del desconcierto y la del descontrol de sí mismo. Uno ya no se pertenece sino que existe: «Si yo fuera quien se conduce a sí mismo, no iría por la senda que conduce a morir». La totalidad, por tanto, nos reconcilia y nos pierde a la vez, nos hace presencia y ausencia a un tiempo y, es más, hace de la ausencia una presencia, y de la presencia un relámpago indescifrable, un vislumbre.

Así, esta poesía parece cumplirse en un presente que se ahonda, un presente que es una excavación, en la que la estructura lineal del tiempo se desmorona, desaparece.

¹⁰ Juan Ramón Jiménez, *Ideología* (1897-1957), edición de A. Sánchez Romeralo, editorial Anthropos, Barcelona, 1990.

Porchia le da voz al destiempo. Y en el destiempo, el origen y el final tienen la misma cara, el mismo vértigo: «Estoy en el ayer, en el hoy. ¿Y en el mañana? En el mañana estuve». Este vértigo, que es el riesgo de existir a fondo, borra las fronteras entre la vida y la muerte, entre el ser y el no ser. Porchia hace de lo imposible un espacio habitable, en el que la rigidez deja su sitio a lo inverosímil. Porchia parece estar abriendo aquí la puerta decisiva de la existencia; al atravesarla, se nos cae de las manos el fardo de las seguridades, de las convicciones, y entramos en una realidad sin límite. Así, la experiencia radical del abismo, su falta de referencia, hace decir a Porchia: «Mi nacer aquí, ¿dónde habrá sido morir? Y mi morir aquí, ¿dónde será nacer?». Más aún: «Si me dijeran que he muerto o que no he nacido, no dejaría de pensarlo». A veces, algunas voces dan la impresión de que se niegan a ser definidas, que se arrastran por la página para despistar al que las piensa. Ámbito del destiempo, no de la eternidad ni de la nada, ámbito hecho de la simultaneidad y de paradojas inaprehensibles: «Mueren cien años en un instante, lo mismo que un instante en un instante». ¿No ha traspasado ya la poesía de Porchia el umbral de este pensamiento de Juan Ramón Jiménez¹¹, «la entrevisión de lo infinito es sin duda una anticipación de fondo de lo que el hombre ha de ver un día?».

Aquí creo necesario recalcar que no estamos ante un místico, sino ante quien, a través de la escritura, ha logrado ver más. En Porchia, trascender no es volar. La proximidad del abismo es también la cercanía de lo cotidiano. Nos encontramos en una realidad que junta lo imposible con lo absurdo y la trascendencia con la ironía: «Sí trataré de ser. Porque creo que es orgullo no ser». Ironía que adopta una de las formas de la ternura, y la ternura, una manera de convivir con lo terrestre. El pensamiento del poeta argentino está y no está en el mundo, se va de él pero regresa siempre: «Pueden en mí, más que todos los infinitos, mis tres o cuatro costumbres inocentes». La ternura recoge ese tono humilde y compasivo que alienta en ciertos poemas de César Vallejo. Dice, por ejemplo, Porchia: «El hombre es una cosa que aprenden los niños. Una cosa de niños». Pero la ternura también nos lleva a la infancia. No mira hacia la infancia, no dice haberla perdido, sino que hace de ella un modo de vivir. Aquí Porchia recupera esta dimensión de ser para la poesía. Apartarse de la infancia, en definitiva, es abandonar la visión poética del mundo. No es arriesgado señalar que la extraordinaria apertura de lo real, que el poeta argentino nos brinda, tiene una de sus claves en que no abandonó nunca el territorio de la niñez, haciendo de la ingenuidad una transparencia: «Quien conserva su cabeza de niño, conserva su cabeza». La ingenuidad, pues, nos hace disponibles.

Esta disponibilidad reconoce en el amor otra de las claves de esta obra. Las voces amorosas de Porchia parecen instalarnos en la raíz misma del amor, no en su cumbre, es decir, no estamos en un ámbito inflamado de deseo, de esporádica plenitud, sino en el punto justo donde el sentimiento amoroso se transforma en la manera que tiene la profundidad de respirar. Amar aquí es aprender a respirar conjuntamente. De esta manera, el amor reconoce a la ausencia como otra presencia, es una visión a fondo

¹¹ Op. cit.